

y el 11 de enero de 1724 Yong-Tching las aprobó, y ordenó que todos los Europeos fuesen conducidos á la corte ó á Macao. Los jesuitas que residian en Pekin en calidad de sabios se esforzaron en vano á evitar este golpe : casi por todas partes se apoderaron de las iglesias, las cuales fueron destruidas ó destinadas á usos profanos : arrestaron á muchos misioneros, los cuales fueron conducidos á Canton. Pero las vejaciones cayeron particularmente sobre una rama de la familia imperial compuesta casi toda de cristianos : irritado el emperador de ver á los príncipes de su sangre profesar un culto que él queria proscribir, los envió al destierro, los despojó de sus dignidades, y les hizo sufrir toda especie de malos tratamientos. Finalmente los pusieron en calabozos, en donde la mayor parte pereció sin que ninguno de los que se habian convertido en esta familia en extremo numerosa, hubiese procurado conservar la vida por medio de una vergonzosa defeccion. En 1732 veremos las consecuencias de esta persecucion.

## 1721.

— El 19 de marzo, Clemente XI muere de edad de 72 años en el 21 de su pontificado. Ya hemos visto cuan borrascosos fueron los años que este duró. Muchos escritores han ultrajado su memoria

y es de esperar que sus inectivas no puedan servir para fijar el juicio de la posteridad sobre este Papa. Clemente XI era estremadamente piadoso : cada dia celebraba los santos misterios, llevaba una vida sencilla y laboriosa, y distribuia limosnas abundantes : dejó en Roma fundaciones piadosas y establecimientos de caridad. Constantemente ocupado en los intereses de la Iglesia, se resentia vivamente de sus ventajas y pérdidas, constando su celo y solicitud en una multitud de breves y cartas. Por él fueron socorridos los cristianos de oriente, maltratados por los turcos. El primado de Armenia habia sido enviado á galeras en Constantinopla; el arzobispo de Filipos estuvo á pique de perecer en el tormento; el patriarca de Siria habia sido azotado y metido en un calabozo; el arzobispo de Beroe en fin, su compañero de infortunio, habia sucumbido estenuado en su carcel. Profundamente afectado el Papa de estas amargas noticias, empleó la mediacion de los príncipes católicos en favor de estos prelados, y de otros griegos unidos á la Iglesia romana. Mandóles tambien socorros en metálico y un visitador apostólico en Constantinopla encargado de reanimar el valor de los fieles. Hizo restablecer en Andrinopla una Iglesia para los católicos; obtuvo del rey de Persia mas libertad para los cristianos de sus Estados; y contribuyó á la ereccion de un seminario en el mediodia de la Rusia. Vésele incesantemente ocupado en escribir á los príncipes; tan pronto para inclinarlos á la paz, tan

pronto para empeñarlos á proteger la Iglesia. La guerra de sucesion de España fué para él una fuente inagotable de pesares. Vió sus Estados destruidos por las tropas del Imperio, y en vano redujo sus conatos á conciliar las pretensiones de los dos contrincantes. Recibió á los hijos de Jacobo II, rey de Inglaterra, y quiso que este príncipe, cuya fe le habia costado un trono, hallase por lo menos en Roma un honorable asilo. En 1713 confirmó en su dignidad al patriarca griego de Alejandría, el cual acababa de reunirse á la santa Sede, y le concedió el palio. Sin contradiccion razonable puede decirse que ha sido el Papa mas recomendable de los tiempos modernos. Asociaba á la instruccion el celo, á la moderacion la firmeza, la sabiduría á la piedad y últimamente las virtudes de pontífice á las calidades de soberano. Los mismos sentimientos de resignacion y piedad manifestó á la hora de su muerte que habia manifestado en vida. Creó sesenta y nueve cardenales é hizo quince promociones. No siéndonos dado nombrarlos á todos, no citaremos sino á los que descollaron entre los demas: El cardenal Badoero, patriarca de Venecia, el cual llenaba asiduamente los deberes de su destino; el cardenal Corsini, que é Papa despues bajo el nombre de Clemente XII; el cardenal Gualterio, enviado á Francia, en 1700, como nuncio, donde se hizo apreciar por sus bellas calidades, relacionado con todos los sabios de su tiempo; el cardenal de Saxe-Zeits, de los duques de este nom-

bre, arzobispo de Estrigonia, el cardenal Fabroni que merecia la confianza del Papa; el cardenal Conti, Papa despues, bajo el nombre de Inocencio XIII; el cardenal de Tournon, el mismo que habia sido legado en China y experimentado tantos reveses en su mision; el cardenal Gozzadini, cuyas amables calidades se encarecen; el cardenal Anibal Albani, sobrino del Papa, y editor de las obras de su tio; el cardenal Corradini, versado en las antigüedades eclesiásticas y profanas y autor de muchas obras; el cardenal Tommasi, cuya piedad aventajaba aun á su grande ciencia; el cardenal Casini, cuyos sermones tienen en Italia grande estima, los cardenales de Rohan, de Polignac, de Bissy, de Gresves y de Mailly, franceses todos (el Papa nombró al último espontáneamente y sin ninguna presentacion): el cardenal Caraccioli, obispo de Aversa, prelado santo, cuya vida se ha dado á luz; el cardenal Nuzzi, sabio relacionado con todos los sabios de esta época; el cardenal Belluga, al cual hemos nombrado ya en otra parte, prelado piadoso, caritativo, celoso, sabio que ha dejado muchos escritos sobre materias de teología y disciplina: el cardenal de Bossu, arzobispo de Malinas, el cual rigió esta grande diócesis por tanto tiempo, apreciado de todos; y últimamente, por limitarnos en esta lista, el cardenal Cienfuegos, español, confesor del emperador Carlos VI, arzobispo que fué despues de Montreal en Sicilia, teólogo y autor de muchas obras. Estas elecciones hacen honor á Clement XI.

Algunas veces le han echado en cara la promoción de Alberoni; mas sábese sobradamente que los Papas no influyen sobre la elección que les presentan las coronas, y que no son libres muchas veces en rehusar á aquellos mismos que les agradan menos. Omnipotente Alberoni en Madrid, tenía demasiados medios para activar su nombramiento y era bastante ambicioso para no despreciarlos. Cedió el Papa á las vivas instancias de Felipe V á quien hacia obrar el astuto ministro. Con todo rehusó por los mismos dias dispensar bulas á Alberoni para el arzobispado de Sevilla, para lo cual se habia hecho nombrar.

— El 8 de mayo, el cardenal Conti es elegido Papa, y toma el nombre de Inocencio XIII. Miguel-Angel de Conti, de los duques de Poli, de una familia antigua de Roma, nació en 1655, siguió la carrera de las nunciaturas. Fué nombrado cardenal en 1706 en lugar de M. Philippucci, prelado, quien habia rehusado el empleo por humildad. Fué sucesivamente obispo de Osimo, y de Vitesbio. El conclave donde fué elegido se componia de cincuenta y seis cardenales y no duró mucho. El nuevo Papa era el octavo de su familia. Ocupóse desde luego de los males de la Iglesia, pero no tuvo el consuelo de ver su fin. El 24 de marzo del año siguiente dirigió dos breves al rey y al Regente: en ellos decia que su predecesor habia vituperado el acomodamiento de 1720, y no habia creído que hubiese en él otra via de conciliación que una obe-

diencia no equívoca y fingida, sino franca y sincera: quejábbase de que no se hubiera podido determinar á los opositores á revocar su apelación: esplicábase con fuerza contra una carta que le habia sido escrita por algunos de ellos, y de los que luego vamos á hablar; y decia que confiar las ovejas á tales pastores era mas bien perderlas que darles guardianes: finalmente para responder á las alegaciones del partido declaraba que la constitución *Unigenitus* no condena sino los errores, y no ataca ni los sentimientos de los Padres ni las opiniones de las escuelas. El Regente hizo imprimir estos breves en el Louvre. Un nuevo escándalo acababa de manifestarse en el obispado; habiendo los opositores concebido algunas esperanzas de la mutación del soberano pontífice, siete de sus prelados escribieron á Inocencio XIII; su carta, compuesta por Boursier, era digna de un tal escritor: Clemente XI y la constitución eran tratados en ella de la manera mas injuriosa. « *¿ La Iglesia romana (decia hablando de la bula) querria aprobar un decreto tan extraño? Roma pagana no lo hubiera podido sufrir.* » Tal era la moderación de estos prelados. Su carta no llegó á Roma hasta mas de seis meses despues de su fecha: ellos la habian hecho pasar por la via de Viena esperando hallar algun apoyo en esta corte: efectivamente tenian allí algunas inteligencias entre algunos subalternos; pero su carta pareció sin duda demasiado violenta, y les fué rehusada la protección que solicitaban. Se compren-

de bien que Inocencio XIII no fué tentado de responder á esta insolente misiva: ella fué condenada por un decreto del santo oficio. Inmediatamente que pareció en Francia escitó la misma indignacion: los mas favorables á los refractarios fueron chocados del tono que habian tomado los obispos hablando al sucesor de S. Pedro; y aun se trató en el parlamento de censurar la carta: este era el dictamen del primer presidente, del procurador general, del mismo abate Menguy, quienes hallaban este escrito deshonoroso para el episcopado: pero la apelacion tenia demasiados protectores entre los magistrados. El consejo del rey fué menos indulgente: un decreto del 19 de abril proscribió la carta como temeraria, sediciosa é injuriosa al sacerdocio y al Imperio: replicaron los siete obispos. Boursier compuso para ellos una carta y unas representaciones que fueron tambien condenadas por un segundo decreto.

— El 9 de mayo, orden de Jorge I, rey de Inglaterra, á los magistrados para perseguir y castigar las reuniones de blasfemadores. Propagábase la incredulidad en Inglaterra, y empezaba á contar sobre todo en Londres muchos partidarios que favorecian la corrupcion de una grande capital. Como en París, érase tambien allí presa de un delirio de codicia ciega. Un émulo de Law, el caballero Blunt, habia inventado un sistema absurdo y ruinoso, que habia seducido á una muchedumbre crédula. Tambien se presentó esta nacion como po-

seida de un espíritu de vértigo. Abandonábanse todas las profesiones y todos los empleos, reemplazando un agiotage escandaloso todos los trabajos ordinarios. Durante la embriaguez que acarreaban semejantes ilusiones lleváronse hasta la ridiculez el lujo, el vicio y la desenvoltura. Los hombres de fortuna, deslumbrados con su opulencia pasajera, caian en los excesos de una fastuosidad extravagante, al mismo tiempo que afectaban profundo desprecio de la religion y las costumbres. Espacióse, luego que se hubo formado, una sociedad de jóvenes libertinos, quienes se comprometian con juramentos espantosos. Dícese que dieron á su asociacion el nombra de *fuego del infierno*, como para burlarse de los terrores de la religion, y los desórdenes de su conducta correspondian recíprocamente con su impiedad. Reclamaron altamente los hombres de bien contra tamaño escándalo. Quejóse un miembro de la cámara de pares de los progresos del ateismo y de la inmoralidad, y solicitó un bill para reprimir entrambos abusos. Apoyaron algunos lores su peticion; mas la mayoría representó el proyecto del bill como una especie de inquisicion é impedimento á la libertad de pensar, y no fué necesaria otra cosa para rechazar toda medida contra este mal. La libertad de pensar contaba ya en la cámara alta muchos prosélitos, y ridiculizaron este asunto. La ligereza y los chismes ocuparon el lugar de la gravedad que debia presidir en semejante discusion. Preten-

dióse que eran exagerados los temores de los amantes de la religion; que la sociedad contra la cual se quejaban no existia, y que en tal caso se la debia abandonar al desprecio público. Efectivamente algunos historiadores han considerado como sujeta á la duda semejante asociacion; y puede ser muy bien que las tinieblas en que se envolvía hubiesen contribuido á oscurecer este hecho. Como sea, lo cierto es que los progresos de la incredulidad en Inglaterra no podian ser equívocos, habiéndolos acelerado tantos escritos contra la religion. En esta época precisamente desplegaron su celo contra el cristianismo Collins, Toland y Tindal. Otros nombres no menos famosos figuraron en semejante controversia. Ya hemos hablado de Asgill y de Coward. Juan Trenchard habia publicado bajo el nombre de *Diógenes*, *Cartas sobre diferentes puntos de religion*. Llenas estas cartas de una crítica atrevida le merecieron justas reconvenciones, que pareció desdeñar. Habíase asociado, para la composicion de sus obras, con Tomás Gordon, escocés, el cual atacó la religion de una manera mas directa en escritos que no dictara ciertamente el buen gusto. *El cordial para los ánimos mezquinos*, *las Columnas de la supercheria sacerdotal* y *de la ortodoxia derribadas* son títulos de algunas obras suyas: sin duda él las tenia por ingeniosas y chispeantes, ó mas bien creyó deber tomar este tono para anivelarse con las clases mas bajas de la sociedad. Era un medio para popularizar la irreligi-

gion. De esta suerte se apresuraron sus progresos bastante lentos hasta entonces, tomando desde estas publicaciones rápido arranque, como se echa de ver por los monumentos del tiempo, y lo han observado muchos Ingleses. Addison, ese literato tan apreciado, deplora en sus escritos los estragos de la irreligion é inmoralidad. Leibnitz, despues de su viaje en Inglaterra, decia que se debilitaba estremadamente en ella la religion natural, y Clarke, en su contestacion, no se atrevió á contradecirle. *Es muy cierto*, decia, *y es digno de deplorarse que existen en Inglaterra personas que hasta niegan la religion natural, corrompiéndola estremadamente; mas despues del desarreglo de costumbres, se debe atribuir este mal principalmente á la falsa filosofia de los materialistas*. Observa Leland que los ataques contra el cristianismo se sucedian sin interrupcion, y que los enemigos de la revelacion mostraban para destruirla un celo tan extraño como infatigable. Con esta reflexion empieza su artículo sobre Tindal, otro de los deistas mas famosos de su época, el cual habia publicado en 1706 *los Derechos de la Iglesia cristiana sostenidos contra los papistas*; donde, bajo el pretesto de atacar á los católicos, minaba toda la constitucion eclesiástica, toda disciplina, todo ministerio, toda autoridad. Alarmóse el clero anglicano á la aparicion de esta obra, y tanto los *Derechos*, como la defensa que hizo de ellos Tindal, fueron condenados á las llamas, el 4 de marzo de 1710. El año siguiente,

la cámara comun de la convocacion, de la que era orador Atterbury, trazó el cuadro de la religion y de los progresos de la incredulidad, y Tindal dió á luz un folleto contra este escrito. Lleva su ignorancia, ó mejor su mala fe, hasta á sostener que la necesidad de las acciones humanas es el único fundamento de toda religion. Cuando el obispo anglicano de Londres, Edmond Gibson, dirigió á sus diocesanos su primera carta pastoral contra los escritos irreligiosos que habian parecido desde muchos años á aquella parte, Tindal, en una esposicion derisoria á los habitantes de Londres y de Westminster, se esforzó en ridiculizar al obispo. Despues respondió todavía un otro escrito del mismo género á otra pastoral de Gibson. Mas su obra mas famosa es la que lleva este título: *El Cristianismo tan antiguo como la creacion, ó el Evangelio, nueva publicacion de la ley natural*. En esta obra renueva el sistema que habia adoptado en otro tiempo Herberto de Cherbury. Pretende que no ha habido revelacion interior distinta de la ley natural; que basta la razon para dirigirnos; y que la ley natural es clara, perfecta y apropiada á nuestras necesidades. Sin embargo vése obligado á confesar, en muchas partes, los desarreglos y errores monstruosos en que han incurrido los hombres acerca de los mismos principios fundamentales de la ley natural. Por otra parte establece que el interés personal debe ser la regla de nuestras acciones, y aventura otras máximas que no son menos per-

niciosas en moral. Grande estrépito hizo este libro excitando el celo de muchísimos doctores. El célebre Waterland, que ya se habia señalado por sus escritos contra el arrianismo, publicó con este motivo su *Escritura vengada*; Jackson, Stebbing, Balguy, Foster, refutaron alternativamente muchos pasages del sistema de Tindal. Conybeare, obispo que fué de Bristol, compuso, á instancias del obispo de Londres, su *Defensa de la religion revelada*, cuya obra juzgaba el sabio Warburton como uno de los escritos mas sólidos en razonamientos. Leland tomó tambien parte en esta contienda, cuyo fin no vió Tindal. Diderot, en su *Ensayo sobre el mérito y la virtud*, en el cual se esfuerza en justificar á Shaftesbury, dice que *es una injusticia confundirlo con los Asgill, los Tindal y los Toland, hombres tan desacreditados en su Iglesia, en calidad de cristianos, como en la república de las letras, en calidad de autores, malos protestantes y escritores miserables*.

## 1722.

— El 7 de junio, Instruccion pastoral del cardenal Bissy, obispo de Meaux. Estaba dividida en dos partes: en la primera probaba el prelado cinco verdades capitales<sup>1</sup>: 1<sup>a</sup> la bula *Unigenitus* es cató-

<sup>1</sup> La solidez de esta obra, y la multitud de libelos derramados con-  
4.